



QUINTA PARTE

LA MONTAÑA Y EL VOLCÁN Ó EL REY DE LA NOCHE

I

Un corazón traspasado por dos espada

En los inmensos jardines del palacio Coriolani había un pabellón, modelo de rica y graciosa elegancia, denominado el Romitorio Dolci.

El venerable banquero de la corte tenía allí sus habitaciones de recreo, de las cuales, á decir verdad, no hacía mucho uso.

No podía decirse lo mismo de Nina, su interesante sobrina, la cual gustaba sobremanera de este delicioso refugio, bastante separado del palacio principal para que la maledicencia no tuviese en qué hincar el diente.

Cuando su servicio cerca de la princesa de Salerno no la retenía en la corte, Nina habitaba frecuentemente aquel pabellón bajo el amparo del nombre de su tío Massimo Dolci. Este era su puesto de combate. Allí volvía á ser Fiamma, el gentil y valeroso teniente de Baldemonio.

Para trasladarse del palacio al pabellón Dolci, debíase cruzar el jardín en toda su longitud.

Pero en este momento no era Nina la que se hallaba en este pabellón adornado de maravillosas pinturas, sino Angélica Doria.

Angélica aguardaba á Fulvio.

Su semblante estaba tranquilo, ó más bien había en él cierta especie de resolución sombría y atrevida que no le era natural.

De vez en cuando lanzaba una mirada á lo largo del sendero guarnecido de baladros que penetraba y daba la vuelta á los bosquecillos.

Por allí debía llegar el príncipe Fulvio.

Este había salido del palacio tras de Nina que había ido á anunciarle la presencia de Angélica.

La sombra profunda que obscureciera un instante sus esperanzas y aspiraciones, se disipaba poco á poco, volviéndole el discernimiento. La luz resplandecía de nuevo á su vista, y todas las cosas que acababa de ver tristes y cubiertas de un velo fúnebre, se coloreaban ahora, siguiendo la inconstancia de su naturaleza, como si un alegre rayo de sol las alumbrase de repente.

Al dejar el salón en que había tenido lugar su entrevista con la condesa viuda de Monteleone, tomó incontinenti el camino que conducía al pabellón Dolci. En este instante no le dominaba otro pensamiento que el de besar la mano de Angélica y darle gracias de rodillas.

Pero durante el trayecto le ocurrió una idea, como el fruto maduro cuando se desprende súbitamente del árbol.

Había lejos del palacio, cerca del pabellón Dolci, un sendero encantador, umbrío y florido, á lo largo del cual las blancas estatuas resaltaban aquí y allá sobre el obscuro follaje.

Entre dos de éstas se hallaba el laberinto, dédalo de olmedillos que nunca falta en los jardines mitológicos.

El príncipe Fulvio había empezado á caminar,

á grandes pasos. Al cabo de un minuto le hubiese encontrado en el fondo del laberinto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pensativo, distraído y en dirección contraria á la que llevara.

Detúvose bajo el bosquecillo, y sentándose en un banco, sacó de su seno la cartera donde estaban preparados y puestos en orden los papeles que debían servirle para consolidar su impostura en la quinta Floridiana.

Estos papeles se componían de seis pliegos separados.

El primero era la partida de bautismo del joven Mario, conde de Monteleone, el hijo primogénito que llevaba el nombre de sus padres.

El segundo y tercero consistían en las partidas de bautismo de Julián y Celestina.

El cuarto era la partida de casamiento de Monteleone con María de los Amalfi.

El quinto, compuesto de dos partes, escritas con muchos años de intervalo, contenía la narración del rapto del joven Mario y del de los otros dos hermanos.

Todos estos documentos estaban autorizados legalmente. Mario Monteleone había añadido algunas observaciones en el margen.

En fin, el sexto, escrito de puño y letra del difunto conde, era su testamento dirigido á su hijo mayor, para el caso en que la bondad de Dios le permitiese algún día ejecutarlo.

Fulvio había leído muchas veces estos diversos documentos, y sin embargo, los recorría en aquel momento con una avidez singular.

Evidentemente estudiaba su sentido, descubriendo quizás cosas que no había observado hasta entonces.

—¡Ese hombre se sentía rodeado de enemigos!— murmuró poniendo el paquete de papeles sobre el banco;—se conoce en las precauciones que to-

maba, y sin duda debió tomar muchas otras que han quedado inútiles y que yo no conozco.

Cruzó sus brazos sobre sus rodillas y se puso á reflexionar.

—El mayor tendrá mi edad—pensó revelando la principal idea que le ocupaba,—mi edad á corta diferencia, á lo menos todo induce á creerlo. Nació á principios del siglo, y yo no debo tener más de veintitrés años. Fué robado por unos piratas cómplices de una traición doméstica, y yo he pasado mi infancia en el mar.

Y volvió á tomar uno de los pliegos separados.

Era casualmente la partida de bautismo del primogénito de Mario y María.

Después prosiguió:

—En vano busco en mis recuerdos, no veo en el albor de mis primeros años ni gran castillo, ni padre de blancos cabellos, ni dulce semblante de madre.

—¡Demencia!—exclamó interrumpiéndose con cólera;—¿y sueño en esto seriamente?

Su sonrisa quería ser desdenosa y jovial, pero ¡había en sus ojos tanta tristeza!

—Los gitanos fueron una vez á la bahía de Santa Eufemia—prosiguió;—yo iba con ellos... ¿Latió mi corazón á la vista de aquellos lugares? No.

—Pero ¿por qué latió en el calabozo del santo Mario?—añadió animándose súbitamente.—¿He podido oír nunca el nombre de Monteleone sin estremecerme?

La causa desconocida de mi turbación era tal vez un vago recuerdo.

Fulvio sufría por la primera vez de su vida un tormento inexplicable.

Su deseo le impelia á considerarse hijo de Monteleone, su razón le disuadía de esta idea.

—En Martorello—dijo sin soltar la partida de bautismo de sus manos,—un sér privado de ra-

zón, una pobre demente me toma por su esposo rejuvenecido y me saluda con el nombre de Monteleone: en la cripta del convento del Corpo-Santo, los caballeros del Carbón y el Hierro exclaman: «¡Son sus mismas facciones!» al penetrar en el pabellón de mármol donde dos seres desconocidos habían gozado de una felicidad sencilla y tranquila, mi corazón se oprime presa de mortal angustia, y más tarde cuando á su vuelta de Francia vuelvo á ver á aquella misma demente, ¡qué turbación en su mirada!

Iba á soltar el papel, cuando fijó por casualidad la vista en las líneas de la partida de bautismo, y observó entre estas otras líneas misteriosas que, aunque tenues, dejaban sin embargo entrever los caracteres.

Hay secretos que un aventurero no puede ignorar.

Fulvio conocía la virtud de cierto agente químico denominado en Italia «tinta simpática», con el cual se forman caracteres invisibles que sólo aparecen á los ojos sorprendidos á favor del conveniente reactivo.

Algunas de esas tintas aparecen al solo contacto del agua; otras tienen necesidad del calor.

Fulvio abrió bruscamente su chaleco y camisa, y aplicó el papel, ya calentado por la mano, á su ardiente pecho.

—¡Hágase la luz, Señor!—exclamó elevando los ojos al cielo:—he jurado proteger la posteridad de Monteleone, y aun cuando debiese derrocar mi pedestal, estoy dispuesto á cumplir mi juramento.

En estas palabras se traslucía un grito de su alma que decía:

—¡Si fuese yo!...

Y sacó lentamente, casi con timidez, el papel introducido con tanta precipitación.

Le tuvo un instante abierto sin atreverse á mirarlo. Por fin sus ojos se fijaron en él y todo su cuerpo se estremeció.

No había más que dos líneas escritas en tinta simpática.

El calor del pecho de Fulvio había dado vigor á los caracteres. Esas dos líneas decían:

«El primogénito de Mario, conde de Monteleone, lleva grabado en el brazo izquierdo el escudo de su familia».

Esa clase de tatuajes, tan comunes entre las gentes del pueblo, se usan en Italia en las grandes familias. Los criados montañeses son muy hábiles para hacerlos. En la Italia del Sur y en Sicilia no es raro encontrar niños que llevan grabado su nombre con todas sus letras en el seno ó en el brazo.

La sorprendente frecuencia con que se repiten los raptos en las costas y cerca de los montes, ha perpetuado sin duda esta costumbre.

Pero se ha experimentado que así como en las personas adultas estos tatuajes son en cierto modo indelebles, desaparecen en los niños en la edad de la pubertad, á consecuencia del trabajo de nutrición y eliminación que tiene lugar en ella. Fulvio se levantó y escapósele el papel de las manos.

—¡Un corazón traspasado por dos espadas en el brazo!—murmuró;—¡nunca lo he notado!

Su mirada parecía la de un insensato.

Quitóse el frac con precipitación, y separando la manga izquierda de su camisa, sólo percibió en la blanca piel algunas huellas vagas.

Fulvio frotó el lugar en que se observaban esas manchas, pero le fué imposible descubrir en esas líneas confusas «un corazón traspasado por dos espadas»

—Y sin embargo, es necesario que yo sepa—exclamó cruzando los brazos sobre el pecho,—si tengo una madre, un hermano, una hermana, y si es mi padre el que descansa en las bóvedas del Corpo-Santo, ¡el que no está vengado!

II

sueño de Manuel

Para saberlo había un medio: preguntárselo á Manuel Giudicelli.

El príncipe Fulvio recompuso el desorden de su traje lo mejor que pudo, y se dirigió con paso rápido hacia la parte del palacio en que se hallaba el herido.

Manuel había sido llevado á una sala baja del ala oriental de la antigua casa llamada de Avolos, cuya sombría ventana daba al bosquecillo, quedando recomendado particularmente á los criados de Coriolani.

Este quedó sorprendido al no ver á nadie en el vestíbulo, y de que el aposento que precedía al del herido estuviese igualmente desierto.

En el momento en que Fulvio le cruzaba, una mujer, radiante de gracia y hermosura, levantó la cortina de la puerta.

Al primer golpe de vista, Fulvio reconoció su querida visión de la casa de los Folquieri.

Ella sonrió á Fulvio que también le sonreía.

Y poniendo un dedo sobre su linda boca, como si se hubiese dirigido á un amigo:

—¡Chist!—le dijo;—¡duerme!

Fulvio se detuvo para contemplarla. Su semblante revelaba una especie de encanto,

—Ya os conozco—le dijo en voz baja;—sois el que nos habéis dejado la bolsa, sois el príncipe...

—¿Me habéis visto en otra parte, querida niña?—preguntó Fulvio adelantándose hacia ella.

—Su misma voz—murmuró poniéndose repentinamente seria;—¡la voz de mi hermano Julián!

Estas palabras enigmáticas para cualquier otro, eran tan propicias á las ideas de que se hallaba poseído Fulvio, que le tomó la mano y la atrajo hacia sí, exclamando con profunda y súbita emoción:

—¿Creéis que me parezco á vuestro hermano Julián?

—Vos sois más hermoso—repuso la niña bajando la vista y ruborizándose.

—¿Me tenéis miedo, Celestina?—preguntó el príncipe.

—No—contestó ella con los ojos todavía bajos, —pues habéis sido nuestro ángel bueno, y os halláis colocado en una posición muy superior á nosotros.

Y levantó sus ojos puros y brillantes.

—La primera vez que os vi fué como en un sueño,—dijo ella contestando á la primera pregunta del príncipe,—y no os hubiera conocido si no os pareciérais tanto á mi querido hermano.

Fulvio se colocó en plena luz.

—Miradme bien, querida niña—dijo;—esta semejanza...

—¡Oh!—interrumpió Celestina apartándose,—yo no he visto nunca á mi pobre Julián vestido como vos... Además, ya os lo he dicho, mi hermano no es tan hermoso.

En aquel momento entraba el criado encargado de velar á Manuel.

—Alteza—le dijo,—os buscaba. El doctor Doni nõ ha podido volver de Salerno. Pero ha mandado en su lugar uno de sus discípulos.

—¿Cómo se llama?—preguntó Fulvio.

—Ese imbécil de Petruzzi no ha sabido decirme-o, Alteza.

—¿Y qué ha hecho el médico con el enfermo?

—Lo que hacen todos los médicos, Alteza; ha palpado, mirado, refunfuñado, guiñado el ojo, sacudido la cabeza...

—¿No le ha ordenado ningún medicamento?

—Sí por cierto... uno y bueno, porque desde entonces el buen hombre duerme como un bienaventurado.

—¿Ese medicamento se hallaría sin duda en un frasco?

—Sí, Alteza, en un frasco.

—¿Está sobre el velador?

—No. La botella está en el bolsillo del ayudante del doctor Doni... Os diré por qué... Este sabio médico ha hecho abrir la boca al herido y le ha puesto sobre la lengua dos ó tres gotas de su cordial. También ha derramado algunas gotas en la herida cuya venda había quitado de antemano.

El príncipe pareció inquieto.

Y este sentimiento se reflejó como en un espejo en el gracioso semblante de la joven.

—¿Qué cara puso el herido?—preguntó Fulvio después de un corto silencio.

—Alteza—contestó el criado,—no quisiera hablar mal de un camarada, pero todos sabemos que Petruzzi es medio idiota. Me ha dicho que el médico había vuelto por sí mismo la cabeza del herido hacia la cabecera diciéndole:—«¡Dormid!» y que había añadido, dirigiéndose al que le velaba:—«Cuidado con despertarle antes de mi vuelta, sería peligroso, quizá mortal».

—¡Mortal!—repitió Celestina azorada.

Fulvio señaló la puerta al criado, el cual sa-

lió caminando hacia atrás y haciendo repetidos saludos.

Luego que estuvo fuera, Celestina, más confiada, acercóse al príncipe.

—Niña—le dijo éste tomándole la mano,—si viésemos un hermano como yo ¿le amarías?

Celestina no pareció extrañarse de esta pregunta.

—Nada puede sorprenderme—murmuró;—¿sabéis lo que se dice, Alteza, supuesto que os llaman así, en toda la costa de Cetana en Sicilia?

—No—replicó,—no lo sé, Celestina.

—Se dice que Dios protege á los que ha librado de una gran desgracia.

—Y el peligro de que te ha preservado Dios ¿era grande, niña?

—Dios y vos, Alteza. Tan grande, que me estremezo cuando pienso en él, no por mí, sino por mi querido Julián. Estoy pálida, ¿no es verdad?

—En efecto, Celestina—dijo el príncipe cuya sonrisa se hizo melancólica;—pero ¿tanto amás á Julián?

—Como no somos más que dos, Alteza... porque yo no creo que vos seáis hermano mío; sería demasiada felicidad...

—¿De veras?—replicó Fulvio latiéndole el corazón;—¿esto te haría feliz? ¿Me amarías si fuese así, Celestina?

—Ya os amo sin ello—contestó sin titubear.—¿Y cómo no os había de amar si sois nuestro salvador?

Fulvio arrugó el entrecejo.

—Bueno—repuso Celestina,—no os disgustéis, Alteza; aun cuando no nos hubieseis salvado, creo que os amaría del mismo modo.

Luego, con cierta volubilidad y acento cariñoso añadió:

—Pero si vos no sois mi hermano, porque esto sería como un cuento de hadas, á lo menos es-

toy segura de que conocéis á nuestro padre y á nuestra madre.

Como Fulvio no respondiese inmediatamente, cual ella deseaba, se le acercó tomándole la mano.

—¡Decídmelo!—añadió con mimo.

Fulvio contestó por fin con acento melancólico:

—Vuestro padre es un santo en el cielo.

Celestina bajó sus párpados humedecidos por una lágrima.

—¿Y nuestra madre?

—¡Oh!—dijo el príncipe pareciendo sonreír á una querida y radiante visión;—¡cómo vas á querer á tu bella y dulce madre, niña!

Las lágrimas que rebosaban en los párpados de Celestina inundaron sus mejillas de repente.

—¡Madre mía!—exclamó;—¡madre mía!

Y no dijo más. Su semblante expresaba un profundo éxtasis.

—¿Y cuándo me hallaré en los brazos de mi madre?—preguntó después de un corto silencio.

—Hoy mismo—replicó Fulvio;—os lo prometo, Celestina.

Por segunda vez olvidaba la hora y su cita con Angélica.

Se estaba operando en su existencia una grande y tranquila transformación.

Fulvio había partido primero, no de la duda, sino de la incredulidad más completa.

Su «idea», como hemos llamado á la voz que sentía en su corazón, sólo le presentaba objeciones de escaso valor.

No se había producido ningún acontecimiento capaz de modificar la opinión de Fulvio.

Así, siguiendo la corriente de sus ideas dijo á Celestina:

—¿Por qué habéis tratado de suicidaros?

La niña bajó los ojos sonrojándose.

—¡Ya hemos pedido perdón á Dios!—murmuró;
—ya sé que cometíamos un gran pecado.

—Pero ¿por qué?—insistió Fulvio.

—Julían quería ser sacerdote...—murmuró la niña con vacilación,—pero el amor...

—¿Por ventura ha profesado?

—No, es libre.

—Entonces ¿por qué?—repitió el príncipe.

—Cuando se han fijado las miradas demasiado alto...—dijo Celestina con singular expresión de tristeza.

—¿Ama á una joven rica?

—Muy rica... pero no es esto solo.

—¿Qué es pues? ¿noble?

—Sí, más noble aún que rica.

—¿Queréis decirme el nombre de esa joven, Celestina?—preguntó el príncipe dulcemente.

—Es un secreto que pertenece á mi hermano—respondió.

El príncipe sonrió y repuso:

—Y vos, Celestina, ¿no tenéis secretos?

Dos bellas lágrimas brotaron de sus ojos en tanto que decía:

—¡Oh! no, no tengo secretos.

Fulvio preguntó:

—¿Y es rico y noble también?

Celestina exclamó sencillamente:

—¿Cómo habéis adivinado que le amaba? Es muy noble y rico, y tan superior á mí como las estrellas brillantes de la noche á las humildes luciérnagas que resplandecen entre las hierbas...

—¿Y no podéis olvidarle?

En las facciones de la encantadora niña se pintó cierta especie de indignación.

—¡Olvidarle!—murmuró;—¡es imposible!

—Celestina—repuso Fulvio con acento paternal—por elevada que sea la posición en que se halle colocada la que ama vuestro hermano, por no-

ble que sea aquel en quien habéis fijado vuestras miradas, no puede haber entre ellos y vosotros obstáculos insuperables.

—¡Ojalá!—tartamudeó la pobre niña.

—Aunque ellos ocupasen las antesalas de un trono.

—¿Cómo?—interrumpió Celestina.

—Aunque fuesen los primeros después del rey. El nombre de vuestro padre os colocará sobre ellos.

Celestina quedó asombrada.

Después de algunos segundos de reflexión movió su encantadora cabeza con aire incrédulo.

—¿Habéis dicho esto á mi hermano?

—No le he visto—respondió el príncipe.

—¿Qué han hecho pues de él?—murmuró con sorpresa.

Como el príncipe no contestase, Celestina prosiguió:

—¿Por qué no le he hallado al lado de nuestro padre Manuel?

La fisonomía del príncipe reveló un grado má vivo de atención.

—¿Esperabais hallar á vuestro hermano al lado de Manuel?—le preguntó.

—¿No le han venido á buscar antes que á mí?—dijo con voz trémula.

—¿De parte de quién?

—¿No lo sabéis?—exclamó Celestina;—pero si me han venido á buscar á mí de parte del mismo! El príncipe reflexionaba.

Celestina le oyó que decía

—He prometido á esa madre volverle á sus dos hijos.

—¿No sois vos—le preguntó con espanto,—el que nos ha mandado á buscar? y si no sois vos, ¿quién puede haber tendido este lazo á mi hermano Julián?

El príncipe agitó vivamente una campanilla. Al mismo tiempo tomó la mano de Celestina y la rogó que se sentase.

—¿A qué hora han ido á buscar á vuestro hermano?—le preguntó.

—Entre diez y once de la mañana—replicó la joven.

Un criado apareció á la puerta.

—¡Que venga al instante Cucuzone!—ordenó el príncipe.

Y cuando hubo salido el criado continuó:

—¿Podéis darme las señas del hombre que ha ido á buscar á Julián?

—Alto y elegante—repuso la niña;—el aire frío; el semblante fatigado y pálido.

—¿Su acento?

—Siciliano al parecer.

La campanilla vibró por segunda vez y más fuerte.

Otro criado se presentó en el umbral.

—¡Ruggieri! que venga Ruggieri inmediatamente—ordenó Fulvio.

Al ver su ademán imperioso el criado salió corriendo.

Volvióse Fulvio hacia Celestina.

—Decidme—replicó,—¿le habéis notado alguna cosa particular?

—Nada más—respondió la joven,—sino que sus palabras parecían anunciar, como las vuestras, un fuerte y brusco cambio en nuestra existencia.

—¿Ha pronunciado algún nombre además del de vuestro padre Manuel?

—No.

—¿Estáis segura?

Celestina buscó en su memoria y respondió:

—Estoy segura.

—¡Ah!—exclamó de repente,—¡ya me acuerdo! Cuando Julián le dijo que no tenía ropas para

seguirle, aquel hombre respondió:—Acordaos bien de esta circunstancia: ¡con ella mataréis á vuestro enemigo!

—¡Vuestro enemigo!—repitió el príncipe;—¿me habéis ocultado alguna cosa?... ¿Vos tenéis un enemigo?

—Yo no—replicó Celestina ruborizándose;—Julián sí.

—Y ¿no queréis decir su nombre, Celestina?

—Es un secreto de Julián...

—¡Escuchad!—continuó Celestina;—todo está tan confuso en mi memoria que estoy perpleja. Esta noche debe haber penetrado en nuestro aposento otro después de vos. Vos no habéis tomado la sotana de Julián, ¿no es verdad?

—Yo pregunto, Celestina—replicó Fulvio con un poco de severidad en la voz,—pero no respondo.

—¡No, no!—prosiguió ella:—¿qué hubieseis hecho de la pobre sotana, vos que sois tan rico? Pero vos os habéis quemado la mano en el brasero...

Fulvio llevaba guante en su mano derecha.

—Y por otra parte—añadió Celestina,—la bolsa...

—¿Habéis hablado de todo esto á ese hombre?

—Cuando él entró, estaba hablando de ello con Julián. Ignoro si escuchaba en la puerta, pero le ha encargado que se llevase la bolsa consigo y que no olvidase lo de la quemadura.

Fulvio tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Cuando despertasteis, ¿estabais solos?

—Solos.

—¿Cuánto había en la bolsa?

—Una onza de oro sencilla.

El príncipe hizo un gesto de sorpresa.

En aquel instante por la ventana abierta que daba al jardín penetró un hombre, ó más bien una especie de mono, porque cayó aplomado sobre las manos, con ayuda de las cuales caminaba,

gitando las piernas en el aire como si hubiese querido saludar á los presentes de aquel modo singular. Celestina lanzó un grito de espanto.

Habiendo andado un poco en tan extraña posición, volvió sobre sí mismo, arrollando súbitamente el cuerpo como una bola, y acabó por sostenerse inmóvil sobre el respaldo de una silla que empuñaba con una de sus manos.

Abrióse la puerta y apareció otro personaje: éste tenía las piernas cortas y patizambas, y caminaba como los marinos. Llevaba el gorro bajo el brazo é introducía su pulgar incombustible en el hueco de su pipa para apagarla.

—¡Abajo, Cucuzone!—dijo el príncipe severamente.

El hombre mono se dejó caer inmediatamente sobre los pies y permaneció tieso en la posición de un recluta.

—Es sorprendente—dijo el marino Ruggieri introduciendo su apreciada pipa en el bolsillo,—que un hombre de esa edad no pueda permanecer en reposo.

—Esto no impide—repuso dirigiéndose á Fulvio,—que cuando llega la ocasión no sea un bravo mozo. Pero á primera vista...

Y acabó la frase encogiendo sus anchos y cuadrados hombros.

Cucuzone hizo un gesto burlón y respondió:

—No todos pueden tener aire de embajador como el primo Ruggieri.

—¡Haya paz!—dijo el príncipe.—¿Quién ha estado esta mañana en la plaza del Mercato?

—Yo—respondió el marino.

—Y ¿qué ha habido de nuevo?

—Han enterrado á la jibosa.

—¡Bárbara de Monteleone ha muerto!...—murmuró el príncipe con sorpresa.

—Sí, señor, ha muerto esta noche mientras bailaban en el palacio Doria.

—Y ¿qué más?

—Pedro Falcone fué á dar cuenta de su comisión.

—Y ¿qué más?

—Johann Spurzeim mandó á casa del doctor á embargar dos cajitas de oro que llevaban las iniciales de la difunta.

—¿Qué había en las cajitas?

—Una cosa como pastillas.

Fulvio murmuró:

—Bárbara ha muerto envenenada... Y ¿qué más?

—Nada más.

—¿No has sabido si ha enviado alguien á la casa de los Folquieri?

—Con permiso de Su Alteza...—interrumpió Cucuzone,—yo voy á responder á eso. Esta mañana he dado una pequeña función á la guarnición de Castello-Vecchio para ver qué ocurría por allí.

—Y ¿qué has visto?

Cucuzone se le acercó con rápido movimiento y le dijo en voz baja:

—He visto el calabozo en que os hallaréis esta noche, señor.

Y sin darle tiempo de responder añadió en voz alta:

—He visto además en la casa de los Folquieri desde la balaustrada de la misma, á una hermosa niña que tiene derecho á todos mis respetos, pues la veo en vuestra compañía.

—¿No has visto otra cosa?—dijo el príncipe.

—Sí, he visto el hombre...

—¿Qué hombre?

—El hombre enviado por nuestro digno amigo de la piazza del Mercato.

—¡Por Johann!—exclamó Fulvio.

—Por el mismo.

—Y á ese mensajero de Johann ¿le has conocido?

—Perfectamente, Alteza.

—¿Quién era?

—Vuestro mayor enemigo.

Fulvio hizo un ademán de impaciencia.

—El hombre de Palermo—añadió Cucuzone.

—Si el maestro hubiese querido... —refunfuñó Ruggieri acariciando el mango de su puñal.

Cucuzone repuso meciéndose con gracia:

—No hay que perder tiempo... yo me encargo de él por poco que el maestro quiera.

—¡Os prohibo tocar un solo cabello de su cabeza!

El marino y el saltarello permanecieron silenciosos.

—No soy yo quien os lo ordena, muchachos —repuso Fulvio cambiando de tono de manera que no lo oyese Celestina;—es la regla... el doctor Pedro Falcone posee la sortija del Silencio...

Cucuzone no pudo menos de decir:

—¿Dónde la ha robado?

—El joven de la casa de los Folquieri—continuó el príncipe,—debe hallarse á estas horas en la de Johann Spurzeim. Es necesario que uno de vosotros aceche desde afuera y otro se introduzca en la casa, no importa cómo.

—¡Yo me encargo de lo último!—exclamó el saltarello;—la casa tiene chimeneas.

—Si le aconteciese alguna desgracia á ese joven—acabó Fulvio elevando la voz y mirando á Celestina que le sonreía con lágrimas en los ojos,—vosotros me responderéis con vuestra vida!

III

El retrato

Angélica continuaba triste y sola. Era la primera vez de su vida que tenía que esperar.

Un hermoso reloj sostenido por el carro emble-

mático de Diana señalaba lentamente el paso de las horas.

En los alrededores, los olorosos bosquecillos permanecían silenciosos; no se oía paso alguno en la arena de oro de los senderos.

Angélica acechaba el menor ruido. Su bella cabeza pensativa se apoyaba en su mano. De vez en cuando la brisa encalmada dejaba oír sus murmurios, agitando de improviso las ramas perzozas de los laureles.

Nina no había llegado, Fulvio tampoco.

En aquel encantador pabellón había algunos preciosos cuadros maestros, y ante la ventana dos grupos antiguos que formaban simetría. También había un cuadro moderno; un retrato á lo Van-Dyck.

Era un joven, muy joven, vestido al uso que se ha convenido en llamar alemán, á pesar de que los alemanes no lo siguen.

Nosotros vimos un día el original de este retrato en el fondo de la Calabria ulterior segunda, junto á las playas de Santa Eufemia.

¿De quién podía ser este retrato en el misterioso pabellón de Nina Dolci sino de Fulvio, su dulce amigo?

Pero de Fulvio adolescente, tal cual era en los felices tiempos de luchas y amores, tal como la gitana Fiamma le había adorado de rodillas.

La fisonomía del retrato descollaba bella y poética. Creyérasela un rostro de mujer, ó mejor aún el rostro de uno de esos jóvenes reclusos que viven lejos de la vida mundana, y que pasan, tristes y tranquilos, de los bancos de la escuela á la silla del coro.

Su traje severo, de terciopelo negro, cerrado hasta el cuello, se prestaba á la comparación. Remedaba casi una sotana.

Angélica estaba sentada frente á este retrato.